

mente, tu conducta no ha sido la de un hermano. Que las tinieblas la cobijen bajo sus alas, y que no te la arrebathe la muerte.

KOZINSKY. — Los caballos están ensillados, y podéis montar cuando os agrade.

MOOR. — ¿Qué prisa, qué prisa! ¿Por qué esa prontitud? ¿No he de verla más?

KOZINSKY. — Les quitaré las bridas, si queréis; me mandasteis apresurarme á todo trance.

MOOR. — ¿Me dejarás en paz? ¿Siquiera decirle adios! Acurraré el veneno de esta dicha, y luego... ¡detente, Kozinsky! diez minutos no más!... allí detras, en el patio del castillo... y partiremos en seguida.

#### ESCENA IV.

El jardín.

AMALIA. — Después, MOOR.

AMALIA. — ¿Lloras, Amalia?... lo dijo con una voz, con una voz... parecíame que la naturaleza se vestía sus más ricas galas... y esa voz evocaba los albores de mi venturoso amor. El ruiseñor cantaba como antes... las flores despedían sus perfumes como entonces... y yo, embriagada de deleite, estaba pendiente de su cuello... ¡Ay de mí! ¡Corazón falso y desleal! ¿cómo quieres disculpar tu perjurio? ¡No, no; lejos de mi alma tu imagen tentadora!... ¡yo no he violado mi juramento, tú eres su único dueño! ¡Lejos de mi alma, deseos traidores y descreídos! En el corazón, en que reina Carlos, no puede anidar ningún hijo de la tierra... Pero ¿por qué, oh alma mía, así siempre, así involuntaria-

mente vuelas hacia ese extranjero? ¿Por qué no has de ser fiel á la imagen de mi único amor? ¿No es el eterno compañero de mi único amor? ¿Tú lloras, Amalia?... ¡Ah! ¡Quiero huir de él!... ¡huit!... ¡Mis ojos no verán más á ese extranjero! (Moor entreabre la puerta del jardín. Ella se repone.) ¡Escuchemos, escuchemos! ¿No suena la puerta! (Ve á Carlos, y se levanta sobresaltada.) Él... ¿de dónde?... ¿cómo?... parece que me hace echar en tierra raíces, y que no puedo huir... ¡Dios del cielo, no me abandones!... ¡No, tú no arrancarás á mi Carlos del corazón! En mi alma no hay espacio para dos deidades, y yo soy una doncella mortal! (Saca el retrato de Carlos.) Tú, Carlos mio, sé mi ángel guardián contra ese extranjero, perturbador de mi afecto. A tí, á tí miraré sólo perpetuamente... y no habrá miradas profanas para ese otro.

(Sientase en silencio, con los ojos fijos en el retrato.)

MOOR. — ¿Estáis ahí, señorita?... ¿y afligida? ¿y derramando lágrimas sobre esa imagen? (Amalia no le responde.) Y ¿quién es el afortunado, que llena de plata los ojos de un ángel?... ¿puedo yo ver al que así ensalzáis?... (Intenta ver el retrato.)

AMALIA. — ¡No! ¡Sí! ¡No!

MOOR. (Retrocediendo.) — ¡Ah!... ¿y merece esa adoración?

AMALIA. — Si lo hubieseis conocido!

MOOR. — Lo hubiera envidiado.

AMALIA. — Adorado, querréis decir.

MOOR. — ¡Ah!

AMALIA. — ¡Lo hubieseis amado tanto! Había tanto, tanto en su rostro... en sus ojos... en el tono de su voz, muy parecido al vuestro... que yo lo amo de manera... (Moor mira á la tierra.) Ahí, en donde os encontráis ahora, estubo él millares de veces... y á su lado la que olvidaba en su presencia el cielo y la tierra... sus ojos vagaban aquí por ese soberbio paisaje, que parecía corresponder á sus miradas, llenas de dignidad, y embellecerse con placer proporcionado á su imagen grandiosa... aquí cautivaba con su mú-



sica celestial á los habitantes del aire... aquí cogía rosas en esa espesura, rosas para mí... aquí, pendiente de mi cuello, abrasaba mis labios con los suyos, y las flores morían contentas bajo las pisadas de los amantes...

MOOR.—¿No existe ya?

AMALIA.—Surca un mar tempestuoso... el amor de Amalia navega con él... atraviesa desiertos no hollados, cubiertos de arena... el amor de Amalia hace reverdecir bajo sus plantas los granos ardientes, y florecer los arbustos salvajes... el sol de Mediodía tuesta su cabeza desnuda, la nieve del Norte se adhiere á su calzado, el granizo de las tempestades le acompaña en sus sueños, y el amor de Amalia lo arrulla en la borrasca... Mares, montañas y vasto horizonte entre los amantes...; pero sus almas abandonan su prisión de polvo, y se juntan en el Eden del amor... Parecéis triste, señor Conde.

MOOR.—Esas palabras de amor hacen revivir el mío.

AMALIA. (Poniéndose pálida).—¿Cómo? ¿Amáis á otra?... ¡Ay de mí!... ¿qué habéis dicho?

MOOR.—Ella me creía muerto, y fué fiel á quien creía muerto... supo luego que yo vivía, y me ofreció la corona de una mártir. Ella sabe que yo ando errante y miserable en el desierto, y su amor me acompaña volando en el desierto y en la desgracia. Llámase también Amalia como vos, señorita.

AMALIA.—¿Cómo envidio yo á vuestra Amalia!

MOOR.—¡Oh! ¡Es una joven desdichada! Ama á un hombre, ya perdido, y jamás... jamás obtendrá su recompensa.

AMALIA.—No, la obtendrá de seguro en el cielo. ¿No se dice que hay otro mundo mejor, en donde los tristes se regocijan, y los amantes se encuentran de nuevo?

MOOR.—Sí, un mundo en donde las máscaras caen, y el amor se encuentra horriblemente... su nombre es la eternidad... mi Amalia es una joven desventurada.

AMALIA.—¿Desventurada y la amáis?

MOOR.—Desventurada porque me ama. ¿Y si yo fuese un asesino? ¿cómo, señorita, si vuestro amante pudiera pagar con una muerte cada uno de vuestros besos? ¡Ay de mi Amalia! ¡Es una joven desventurada!

AMALIA. (Mostrando grande alegría).—¡Ah! ¡cán feliz soy yo entonces! Mi único amante es un reflejo de la divinidad, y la divinidad no es más que dulzura y misericordia. Él ni aun puede sufrir que se haga daño á una pobre mosca... Tan opuesta es su alma á todo pensamiento de sangre, como el mediodía á la media noche. (Moor se vuelve con rapidez hacia la espesura, y se queda mirando al paisaje fijamente. Amalia toca el laud y canta.)

«¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, y encaminarte á donde te esperan los hijos de Eaco, con su acero homicida, para ofrecer á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará después á tus tiernos hijos á manejar la lanza, y honrar á los dioses, cuando el Xantho serpentea detrás de tí?»

MOOR. (Que coge en silencio el laud y canta).—«Anda, esposa amada, tráeme mis armas temidas. Déjame... déjame asistir á las guerreras danzas.» (Tira el laud y huye.)

## ESCENA V.

Monte inmediato.—Noche.—En el centro un castillo arruinado.

LOS LADRONES acampados.

LOS LADRONES. (Cantando).—«Robar, matar, el libertinaje, las pendencias, para nosotros son pasatiempo. Mañana nos aborcan. Regocijémonos, pues, hoy.

»Vida libre la nuestra, vida llena de placeres; las selvas